

rrados en aquella tumba gigantesca, se presentase á su imaginación.

De todas partes, del Norte como del centro, las noticias eran malas, la situación se agravaba. En el Norte, el 22 cuerpo de ejército, formado por guardias móviles, por compañías de depósito, por soldados y oficiales escapados de Sedan y de Metz, habían tenido que abandonar Amiens, para retirarse sobre Arras; y á su vez, Rouen había caído en poder de los enemigos, sin que aquel puñado de hombres, desbandados, desmoralizados, lo hubiesen defendido seriamente. En el centro, la victoria de Coulmiers, ganada el 3 de Noviembre por el ejército del Loire, había hecho concebir algunas esperanzas. Orleans había vuelto á poder de los franceses, los bávaros huyendo, la marcha sobre Etampes, el levantamiento del sitio de París, muy próximo. Pero el 5 de Diciembre el príncipe Federico Carlos ocupaba de nuevo Orleans, cortaba en dos el ejército del Loire del que tres cuerpos se replegaron sobre Vierzon y Bourges, mientras que los otros dos, á las órdenes del general Chanzy, retrocedían hasta el Mans en una retirada heroica; toda una semana de marchas, contramarchas y de combates. Los prusianos estaban en todas partes, en Dijon como en Dieppe, en el Mans como en Vierzon. Además, cada día llegaba la noticia de la capitulación de una plaza fuerte. El 28 de Septiembre había sucumbido Strasburgo, después de cuarenta y seis días de sitio y treinta y siete de bombardeo, con los muros destrozados, los monumentos acribillados por cerca de doscientos mil proyectiles. La ciudadela de Laon había volado, Toul se había rendido; y después asombraba el sombrío desfile: Soissons, con sus ciento veintiocho cañones, Verdun que tenía ciento treinta y seis. Neufbrisac cien, La Fere setenta, Montmedy sesenta y cinco, Thionville estaba ardiendo, Shalsbourg no abría sus puer-

tas hasta después de doce semanas de furiosa resistencia. Parecía que Francia entera se hundía y ardía en medio del rabioso cañoneo.

Una mañana en que Juan quiso marcharse, Henriqueta le cogió las dos manos y le detuvo, desesperada:

—¡No, no, no me deje usted sola, se lo suplico... Está usted demasiado débil, aguarde usted unos días, unos días nada más... Le prometo á usted dejarle ir cuando el doctor me diga que está usted bastante fuerte.

V

En aquella fría noche de Diciembre, Silvina y Próspero se encontraban solos, con Charlot, en la gran cocina de la casa; ella cosiendo, él haciéndose un látigo. Eran las siete, habían cenado á las seis sin aguardar al señor Fouchard, que debía haberse retrasado en Raucour, donde faltaba la carne; y Henriqueta, que tenía que velar aquella noche en la ambulancia, había salido, recomendando á Silvina que se acostara sin echar carbón en la estufa de Juan.

Fuera, el cielo era muy negro sobre la blanca nieve. No se oía ningún rumor, solo se oía en la cocina el ruido que producía el cuchillo de Próspero, que hacía una fina labor en el mango del látigo. A ratos se paraba y miraba á Charlot, cuya gruesa cabeza rubia vacilaba, efecto del sueño. El niño acabó por dormirse y pareció que aumentaba el silencio. Suavemente la madre separó la vela para que el pequeñuelo no recibiera la luz en los párpados, y después, cosiendo siempre, empezó su imaginación á volar por el mundo de los recuerdos.

Y fué entonces, cuando después de unos momentos de duda, Próspero se decidió á hablar.

—Oiga usted, tengo que decirle algo... He aguardado á que estuviéramos solos...

Silvina alzó los ojos intranquila.

—He aquí la cosa... Dispénsese si la causo algún pesar, pero vale más que esté usted prevenida... He visto esta mañana en Remilly, en la esquina de la iglesia á Goliath, como la veo á usted ahora, sin equivocarme.

Se puso pálida, las manos temblorosas, no pudiendo murmurar más que una queja sorda.

—¡Dios mío, Dios mío!

Próspero continuó, con frases prudentes, contó lo que había averiguado durante el día. Nadie dudaba ya en el pueblo de que Goliath era un espía, que se había establecido en el país para conocer los caminos, los recursos, todo lo que pudiera interesar á Alemania. Recordaban su estancia en casa del señor Fouchard y el modo repentino con que había salido de allí, los sitios donde había ido hacia Beaumont y Raucourt. Y ahora estaba ahí, ocupando en la comandancia á Sedan, una situación indefinida, recorriendo de nuevo los pueblos para denunciar unos y vigilar otros. Aquella mañana había aterrorizado á los habitantes de Remilly con motivo de una entrega de harina incompleta.

—Está usted prevenida, dijo Próspero; ahora sabrá usted lo que tiene que hacer cuando venga por aquí...

Le interrumpió con un gesto de terror.

—¿Cree usted que vendrá?

—Me parece que sí... No tendría que ser muy curioso puesto que no ha visto el chico, á pesar de que sabe que vive... Y además está usted aquí, y no es usted muy fea y tendrá ganas de verla.

Pero ella le suplicó que se callara. Despertado por el ruido, Charlot levantó la cabeza, los ojos extraviados como al salir de un sueño, recordó la injuria que le había contado un guasón del pueblo y

declaró gravemente con su aire de hombrecillo de tres años:

—¡Cochinos, los prusianos!

Su madre le cogió en brazos, le sentó sobre sus rodillas. ¡Ah! aquel pobre ser, su alegría y su desesperación, á quien quería con toda su alma y á quien no podía mirar sin llorar, ese hijo de sus entrañas á quien los chicuelos de su edad llamaban el prusiano. Le besó como para hacerle entrar las palabras en la boca.

—¿Quién te ha enseñado esas palabras tan feas? No se pueden decir, está prohibido.

Entonces, testarudo como un niño, ahogando la risa, repitió:

—¡Cochinos, los prusianos!

Después, viendo llorar á su madre, se echó á llorar también colgado de su cuello. ¡Dios mío! ¿qué nueva desgracia la amenazaba? No era bastante haber perdido á Honorato, la única esperanza de su vida, con el deseo de olvidar y de ser feliz. Era preciso que el otro resucitase para acabar su desgracia.

—Vamos, añadió, ve á dormir, querido. Te quiero mucho y eso que no sabes cuánto me haces sufrir.

Y le dejó solo con Próspero, quien para no molestarla había vuelto á trabajar con mucho cuidado en su látigo.

Pero antes de llevar á la cama á Charlot tenía por costumbre enseñárselo á Juan de quien era buen amigo. Aquella noche, al entrar en el cuarto con la luz en la mano, vió al herido sentado en la cama con los ojos muy abiertos. ¿No dormía? No, Juan estaba soñando despierto durante aquella noche de invierno: Y mientras Silvina arreglaba la estufa, jugó con Charlot, que se revolcaba en la cama como un gatito. Conocía la triste historia de Silvina y le inspiraba mucha compasión, llevando

el luto del único hombre á quien había querido, sin más consuelo que aquel niño cuyo nacimiento había sido la causa de todos sus tormentos. Cuando terminó de arreglar la estufa y fué á coger al niño, notó que había llorado. ¿Qué era aquello? Pero no quiso contestarle, más tarde se lo diría, si era preciso. La vida era para ella una continua serie de disgustos.

Silvina se llevaba á Charlot cuando se oyó ruido de pasos en el patio de la casería.

—¿Qué es eso?—dijo Juan; no es el señor Fouchard, no he oído el ruido del coche. Luego añadió:

—Deben ser los voluntarios de los bosques de Dieulet, que vienen á buscar provisiones.

—¡Pronto! murmuró Silvina yéndose, dejándole de nuevo á oscuras; tengo que darles panes.

En efecto, en la puerta de la cocina sonaban puñetazos y Próspero, viéndose solo, dudaba, parlamentaba. Cuando el amo no estaba en casa temía abrir las puertas por miedo de que se hicieran destrozos. Pero tuvo la suerte de oír llegar en aquel momento el carricoche del señor Fouchard y éste fué quien recibió á los tres hombres.

—¿Sois vosotros? ¿qué me traéis en esa carretilla?

Sambuc, delgado, enterrado en su blusa de lana azul, demasiado ancha, no le oyó, exasperado como estaba contra Próspero, su honrado hermano, que hasta entonces no quiso abrir la puerta.

—¡Oye, tú! ¿nos tomas por mendigos para dejarnos fuera, con la nieve que hay?

Pero mientras que Próspero muy tranquilo, sin contestar, hacía entrar el caballo y el carruaje, el señor Fouchard intervino de nuevo, inclinándose sobre la carretilla.

—Me traéis dos carneros reventados. ¡Tenéis suerte, porque sino helara, olerían bien!

Cabasse y Ducat, los dos ayudantes que acompañaban á Sambuc, replicaron.

—¡No tienen más de tres días! dijo el primero. Son unos animales que han muerto en la casería de Raffins, donde hay alguna epidemia.

—*Procumbit humie bos*, declamó el otro, el procurador, que gustaba hablar un poco en latín.

El señor Fouchard seguía despreciando la mercancía, que encontraba muy pasada. Entró luego en la cocina con los tres, añadiendo:

—Tendrán que contentarse con esto... Y como en Raucourt no queda ni una chuleta, cuando se tiene hambre se come de todo. ¿No es verdad, muchachos?

Y contento, llamó á Silvina que venía de acostar á Charlot.

—Tráenos unas copas, vamos á echar un trago para que reviente Bismarck.

El señor Fouchard sostenía así buenas relaciones con los voluntarios de los bosques de Dieulet, que hacía tres meses salían de entre los árboles al anochecer, rondaban por los caminos, asesinaban y robaban á los prusianos y ponían á contribución las caserías cuando les faltaba caza. Eran el terror de las aldeas, tanto más que cuando atacaban un convoy ó mataban á un centinela, las autoridades alemanas se vengaban en los pueblos cercanos, multando á los vecinos, llevándose prisioneros á los alcaldes y quemando las casas. Y si los aldeanos, á pesar de las ganas que tenían, no entregaban á Sambuc y su cuadrilla, era por temor de recibir algún balazo si no los cogían.

Fouchard había tenido la buena idea de comerciar con ellos. Como recorrían todo el país, eran sus abastecedores de animales muertos. No moría una vaca ni un carnero en tres leguas á la redonda, sin que ellos fuesen allí y se lo trajesen.

Les pagaba en provisiones, en pan sobre todo, hornadas de pan que Silvina hacía cocer. Aunque no los estimaba mucho, tenía cierta admiración por

esos muchachos que hacían sus negocios burlándose del mundo entero; y aunque se enriquecía comerciando con los prusianos, cada vez que averiguaba que habían matado á uno pasaba un buen rato.

—¡A vuestra salud! dijo, chocando su vaso con los suyos.

Después limpiándose la boca con el revés de la mano, añadió:

—Oigan, ya saben ustedes lo que han hecho, á cuenta de los dos hulanos que han encontrado sin cabezas cerca de Villecourt... el pueblo está ardiendo desde ayer; es una sentencia, como ellos dicen, en castigo porque os han recibido... Hay que obrar con prudencia, no vengáis por aquí en unos días, os llevarán el pan allí.

Sambuc se incomodó; ¡ah, sí! ¡los prusianos podían correr! Dió un puñetazo sobre la mesa.

—No es cosa de desperdiciar un par de hulanos, pero al que quisiera coger de frente, es al otro, al espía, ese que ha servido aquí...

—Goliath, dijo Fouchard.

Silvina que había vuelto á la costura, escuchó.

—Eso es, Goliath. ¡Vaya un bandido! Conoce los bosques de Dieulet y es capaz de hacernos coger; ayer decía en la Cruz de Malta, que antes de ocho días nos ajustaría las cuentas.

Vaya un canalla. Debe de ser el quien guió á los bávaros, la víspera de Beaumont.

—Está juzgado y condenado... Si sabe usted algún día por donde ha de pasar, aviseme y su cabeza irá á hacer compañía á la de los hulanos.

Silvina oía con atención.

—Esas son cosas de las que no se debe hablar, dijo prudentemente el señor Fouchard. ¡A vuestra salud y buenas noches!

Apuraron la segunda botella. Próspero volvió de la cuadra, ayudó á cargar los panes sobre la carre-

tilla, pero nada contestó cuando los otros, al marcharse le dieron las buenas noches.

Al día siguiente después del almuerzo, cuando el padre Fouchard se hallaba solo, vió entrar á Goliath, grande, gordo, la cara colorada, con su tranquila sonrisa. Si se sorprendió al verle, no lo dejó notar. Guñaba los ojos mientras que el otro se adelantaba, y le daba la mano.

—Buenos días, señor Fouchard.

Entonces fué cuando le reconoció.

—¡Calla! eres tu, muchacho... ¡Cómo has engordado!

Y le miraba, estaba vestido con una especie de capote, de paño azul, y tenía una gorra del mismo paño.

—Pues sí, soy yo, señor Fouchard. No he querido pasar por aquí, sin venir á saludarle.

El viejo estaba intranquilo. ¿Qué iba hacer allí? ¿Sabía acaso lo de la visita de los voluntarios? Había que vivir prevenidos. Pero como se presentaba muy cortés, lo mejor era pagarle en la misma moneda.

—Pues bien, muchacho, puesto que te has acordado de nosotros, te voy á convidar.

Trajo una botella y dos copas. Todo el vino que se bebía le dolía mucho, pero no había más remedio que gastar algo si se querían hacer buenos negocios. Volvió á empezar la escena de la víspera, con los mismos gestos y las mismas palabras.

—A su salud, señor Fouchard.

—A la tuya, muchacho.

Después Goliath, complaciente siempre, empezó á mirar alrededor suyo, como hombre que vuelve á ver con gusto las cosas conocidas. No habló del presente ni del pasado. La conversación rodó sobre el frío intenso que hacía y que iba á paralizar los trabajos del campo; afortunadamente la nieve tenía algo de bueno, pues mataba los insectos. Apenas hi-

zo alusión al odio, al desprecio que le habían manifestado en otras casas de Remilly. Cada cual es de su país, y le sirve á su manera. ¿No es verdad? Pero en Francia tenían ideas muy raras acerca de algunas cosas. Y el viejo le miraba y le escuchaba, muy conciliador, muy razonable, creyendo que no había ido allí con malas intenciones.

—¿Está usted solo hoy, señor Fouchard?

—No, Silvina está allá, dando de comer al ganado. ¿Quieres verla?

Goliath se echó á reír.

—Ya lo creo; le digo con franqueza que si he venido ha sido por ella.

El señor Fouchard, tranquilo ya, se levantó y empezó á llamar:

—¡Silvina, Silvina!... ¡Ven aquí que te buscan!

Y se fué, sin preocuparse más de Goliath, puesto que la muchacha estaba allí para proteger la casa.

Cuando entró, Silvina no se sorprendió al ver á Goliath, que se había quedado sentado y que la miraba sonriéndose. Le aguardaba, se paró después de pasar la puerta. Y Charlot, que la había alcanzado corriendo, se agarró á sus faldas, extrañándose de ver á aquel hombre á quien no conocía.

Hubo un silencio que duró algunos segundos.

—¿Es ese el chico? acabó por preguntar Goliath cariñosamente.

—Sí, contestó Silvina con dureza.

Volvió á reinar silencio.

Goliath se había marchado cuando ella se encontraba en cinta de siete meses; sabía que tenía un hijo, pero le veía por primera vez, por lo cual deseaba dar explicaciones acerca de su conducta.

—Oye, Silvina, comprendo que me habrás guardado algún rencor y, sin embargo, no lo merecía... Si me he marchado y te he dejado sola, hubieras debido comprender que era porque tenía un amo á quien obedecer. Si me hubiesen enviado cien leguas

más allá, lo mismo hubiese ido y, naturalmente, no podía hablar. Bastante pena me ha causado marcharme sin decirte nada. Hoy no te diré que tenía seguridad de volver, pero pensaba hacerlo y ya ves que estoy aquí...

Silvina volvió la cabeza, miraba la nieve por la ventana del patio, resuelta á no escuchar y él, á quien el silencio molestaba, interrumpió sus explicaciones para decirle:

—¡Sabes que estás más guapa!

En efecto, estaba muy hermosa con su palidez, con sus grandes ojos que iluminaban su cara.

—¡Sé amable! Ya sabes que no te quiero mal... Si no te quisiera no hubiera vuelto... Puesto que me encuentro aquí, todo se arreglará ¿no es verdad?

Retrocedió bruscamente, mirándole de frente.

—¡Nunca!

—¿Por qué nunca? ¿No eres mi mujer? ¿Este hijo no es nuestro?

No dejó de mirarle, habló lentamente:

—Escuche usted, es mejor acabar en seguida... Ha conocido usted á Honorato, le quería, no he querido más que á él. Y ha muerto, me lo han matado ustedes. Nunca seré de usted.

Levantó la mano, hizo el juramento con tal acento rencoroso, que Goliath se quedó un momento sin saber qué decir.

—Sí, ya sé que Honorato ha muerto. Era un buen muchacho. Pero que quiere usted, otros han muerto también, son cosas de la guerra. Después creía que habiendo muerto no había más obstáculos; porque en fin Silvina, permítame usted que se lo recuerde, no la he atropellado, ha consentido usted...

Pero no acabó, la vió tan trastornada, las manos en la cara, dispuesta á destrozársela.

—Eso es precisamente lo que me vuelve loca. ¿Por qué consentí, yo que no le quería á usted?...

No puedo recordarlo estaba tan triste, tan enferma, con motivo de la marcha de Honorato, y tal vez sea por eso, porque me hablaba usted de él, y parecía quererle... ¡Dios mío; cuantas noches he pasado llorando acordándome de eso! Es horrible haber hecho una cosa sin querer y no poder explicarse después porque se ha hecho... Y me había perdonado, me dijo que si esos cochinos de prusianos no le mataban, se casaría conmigo, cuando volviese del servicio... ¿Y cree usted que voy á casarme con usted? ¡Nunca, nunca, nunca!

Esta vez Goliath se puso triste. La había conocido muy sumisa y comprendió que su resolución era definitiva. Aunque era buen muchacho, quería poseerla hasta por la fuerza, ahora que era el amo; y si no imponía su voluntad, era por una prudencia innata, por su instinto de paciencia y de astucia. Ese coloso era enemigo de los puñetazos. Así es que acudió á otro recurso para someterla.

—¡Bueno! puesto que no me quiere usted á mí, voy á coger al chico.

—¡Al chico!

Charlot se había quedado agarrado á las faldas de su madre, haciendo esfuerzos para no llorar, al oír aquella disputa. Y Goliath que había abandonado su silla, se acercó.

—¿No es verdad que eres hijo mío? ¡Eres un prusiano, vente conmigo!

Pero Silvina le cogió entre sus brazos y le apretaba contra su pecho.

—¡El, prusiano! no, es francés, ha nacido en Francia.

—¿Un francés, este chico? mírele usted. ¡Es mi retrato! ¿Acaso se parece á usted?

Entonces fué cuando vió á aquel muchachón rubio con barba y pelo rizados, con ojos azules que brillaban extraordinariamente. Y era verdad, el pequeño tenía el mismo color sonrosado, toda la

raza alemana. Ella misma se sentía otra, con su pelo negro que caía sobre sus espaldas.

—Le he concebido, es mío. Es un francés que no sabrá nunca alemán, un francés que irá algún día á mataros á todos.

Charlot empezó á llorar, agarrándose al cuello de su madre.

—¡Mamá, mamá, tengo miedo, llévame de aquí!

Goliath, que no quería dar un escándalo, retrocedió y volviendo á tutearla añadió con voz dura:

—Oye bien lo que voy á decirte, Silvina... Sé cuanto ocurre aquí. Recibís á los voluntarios de los bosques de Dieulet, ese Sambuc, que es hermano del mozo de labranza, un bandido á quien abastecéis de pan. Y sé que ese chico, ese Próspero, es un cazador de Africa, un desertor que nos pertenece; y sé además que tenéis aquí escondido un herido, otro soldado, al cual, con decir una palabra, se llevarían prisionero á Alemania... Ya ves que sé cuando pasa por aquí...

Silvina escuchaba, muda, aterrada, mientras que Charlot repetía á su oído:

—¡Mamá, mamá, llévame, tengo miedo!

—Pues bien, añadió Goliath, no soy malo, no me gustan las disputas, puedes creerlo, pero te aseguro que los haré detener á todos, al señor Fouchard y á los demás, si no me recibes en tu cuarto el lunes próximo... Y me llevaré al chico, le enviaré allá con mi madre, que le recibirá muy contenta, porque desde el momento en que no quieres ser mi mujer, me pertenece... Ya lo sabes; cuando no quede aquí nadie, vendré á buscarle y me lo llevaré. Soy el amo y hago lo que me da la gana... ¿Qué resuelves?

Ella no contestaba, apretaba el niño contra su pecho, como si hubiese temido que se lo arrancasen y sus ojos expresaban todo su espanto y su odio.

—Bueno, pues te concedo tres días para pensar lo que has de hacer... Dejarás la ventana de tu